



Pensar la Esperanza, Pensar la Crisis

John Holloway¹

I

Un honor, un privilegio, un placer.

El nombre de la cátedra Jorge Alonso es una bandera que se iza en medio de la universidad, la bandera de la rebeldía, o lo que es la misma cosa, la bandera de la ciencia, de la reflexión científica honesta. Esta bandera tiene una inscripción que dice “El capitalismo es un fracaso, fracaso, fracaso. La única pregunta científica que nos queda es ¿Cómo romper la dinámica de muerte, la lógica del capital, el dominio del dinero? ¿Cómo crear las bases de una sociedad digna de la humanidad?”

Por eso repito: Un honor, un privilegio, un placer. Gracias, Jorge, Rafa, Tania. Gracias a todas y todos los que estamos aquí, creo que todas y todos somos parte del mismo proyecto, del proyecto de la cátedra Jorge Alonso.

II

Pensar esperanza, pensar crisis es el tema de hoy. Un desafío. Para mí, para todas y todos.

¹ Profesor-investigador, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego”, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla; Visiting Professor, University of Rhodes, South Africa.



Ernst Bloch, judío y comunista alemán exiliado en Estados Unidos durante la Segunda Guerra, regresó a Alemania y afirmó, al principio de su gran obra, *El Principio Esperanza*, que ahora se trata de aprender la esperanza.

Eso fue hace 60 años y mucho ha pasado en el mundo para mostrarnos lo difícil que es el desafío de Bloch, qué difícil es mantener la esperanza de que otro mundo sea realmente posible, un mundo radicalmente diferente, un mundo que no estaría bajo el dominio del dinero, con toda la injusticia obscena y destrucción que ese dominio conlleva.

Bloch decidió vivir en la Alemania oriental comunista cuando regresó del exilio, y al principio entendió la posibilidad de realizar el sueño de otro mundo en términos de la fuerza de los partidos comunistas, aunque después se dio cuenta de su error. Ahora vivimos en una situación muy distinta. Se acabó el partido. Ya no existen partidos comunistas que podríamos asociar seriamente con la esperanza de un mundo radicalmente diferente. Ningún partido comunista y ningún otro partido. En el mejor de los casos los partidos políticos proponen o realizan cambios que sí mejoran las cosas un poco, pero, con muy pocas excepciones, ningún partido menciona incluso la posibilidad de romper el poder del capital, el poder del dinero.

Sin embargo, el anhelo, la esperanza para otro mundo no ha desaparecido. No puede desaparecer. Brota de la rabia, de la rabia que sentimos cuando leemos que los 85 personas más ricas del mundo tienen la misma propiedad que los 3 ½ mil millones más pobres, es decir, la mitad de la población de la tierra (según un informe publicado por Oxfam hace un mes), brota de la frustración que sentimos cuando nos damos cuenta que probablemente vamos a pasar gran parte de nuestras vidas haciendo cosas que nosotros no determinamos, brota del grito de NO que lanzamos cuando vemos cómo las empresas mineras están destruyendo comunidades y destruyendo la tierra simplemente para maximizar sus ganancias. La esperanza surge de la tristeza



de ver lo que está pasando en el mundo cuando sabemos que tenemos el potencial de crear un mundo bien diferente.

La esperanza de la cual hablamos (y de la cual hablaba Bloch) no es una esperanza azucarada, no es una esperanza que cierra los ojos, no es una esperanza que descalifica la rabia y la tristeza diciendo “no se preocupen, todo va a terminar bien”. Es una esperanza nacida de la negatividad, que habla con una gramática negativa, que se mueve contra-y-más-allá. Una esperanza rabiosa, una rabia esperanzadora, una digna rabia, como dicen los zapatistas. Un ¡Ya Basta! que nos proyecta hacia otro mundo.

No, la esperanza no ha desaparecido. Ya no está vinculada con un partido, ya no tiene las mismas características que hace 50 años, pero ahí está, dentro de nosotros, alrededor de nosotros. Explota e ilumina el cielo como los disturbios en Turquía, en Brasil y Suecia y Bulgaria el año pasado, uno tras otro como un espectáculo global de fuegos artificiales. También hay manifestaciones de la esperanza por todos lados, iluminando las tinieblas: grupos o incluso individuos que se dedican a caminar en el sentido opuesto, creando este mundo que todavía no existe pero sí existe como todavía no, como potencia, como tantos proyectos locos que nos van abriendo perspectivas de otra convivencia entre los humanos, y entre los humanos y las formas no humanas de vida.

La esperanza está ahí, por todos lados, pero siento que no tiene la misma seguridad ni el mismo sentido de dirección que hace 50 años. La esperanza comunista de la primera mitad del siglo pasado puede haber estado equivocada pero tenía una base que parecía muy sólida, muy segura. Esto es lo que ya no tenemos, esta confianza segura de que sí vamos a poder crear otro mundo. Tenemos una seguridad negativa, sabemos lo que rechazamos, pero no tenemos la misma seguridad en el punto de llegada ni la vía para llegar.



Tal vez podemos ver la última parte del siglo XX como una Gran Desilusión, una gran pérdida de esperanza, las consecuencias de las cuales todavía afectan nuestra manera de pensar y de actuar. La caída de la Unión Soviética, el auge de China como poder capitalista, el fracaso de los movimientos revolucionarios en América Latina y África, el resultado de la lucha contra el apartheid en Sudáfrica que creó una sociedad formalmente igualitaria que es al mismo tiempo la sociedad más desigual en el mundo.

Por todos lados una pérdida de esperanza, una desilusión que es un encogimiento del mundo y un encogimiento de la mente. Una sociedad sin esperanza (o en donde la esperanza se reduce a dinero y mercancías, que es la misma cosa) es un cuarto sin ventanas, sin puerta, un lugar sin iluminación, un lugar mezquino, un criadero de violencia insensata. El mundo se reduce a lo que es: olvídate de tus sueños, olvida el mundo que podría ser, olvida el mundo que nosotras y nosotros podríamos crear, un mundo contra-y-más-allá del dominio del dinero, del capital. Olvídate de todo eso, céntrate en lo que es. Este encogimiento del mundo se refleja en la educación. Es lo que nos dicen las universidades, lo que nos dice todo el sistema de educación: olvídate de tus sueños, déjalos fuera del salón de clases. Los puedes llevar a la iglesia los domingos si quieres, o al centro comercial, puedes esperar por un nuevo vestido o un nuevo coche si quieres, pero no pienses que puedas esperar racionalmente, no pienses que realmente podamos crear otro mundo. Eso es lo que nos dicen todo el tiempo. Cuando decimos que hay que pensar la esperanza, rechazamos esa idea. Cuando decimos “pensemos la esperanza”, estamos diciendo que el centro de la universidad, el centro del trabajo de todas y todos nosotros, tiene que ser pensar la esperanza, pensar y practicar la posibilidad de crear otro mundo, contra-y-más-allá del mundo que existe.

Es por eso que me parece importante regresar a Bloch y su afirmación de que ahora es el momento de aprender la esperanza. No solamente de esperar, sino de



aprender la esperanza. Lo que necesitamos es lo que Bloch llamaba una *docta spes*, una esperanza pensada o fundada. Bloch nos enseñó el camino en muchos aspectos, mostrándonos la fuerza de la esperanza, la fuerza del Todavía No en el presente, de este empuje hacia un más allá que está presente en todas las grandes expresiones artísticas, musicales, religiosas, incluso en los cuentos de hadas. Pero ahora me parece que es cuestión no sólo de aprender la esperanza, sino de aprenderla de nuevo, de reaprenderla después de la Gran Desilusión.

La Gran Desilusión es no solamente una pérdida de la esperanza, también es una des-ilusión, un deshacerse de las ilusiones, un proceso de aprender de los errores. La descomposición de las luchas anticapitalistas es también una recomposición. La derrota de la clase trabajadora es un renacimiento. Renacemos y nos toca levantar las banderas caídas en el suelo, nos toca redimir las luchas inacabadas del pasado. Honrar a nuestros padres significa criticar sus ilusiones y retomar sus luchas.

III

En el mundo entero los movimientos anticapitalistas están descartando las ilusiones del pasado, aprendiendo una nueva forma de pensar y de hablar. Este proceso se puede formular de muchas maneras. Los zapatistas son sin duda el movimiento en el mundo que ha logrado articular este proceso con más claridad, pero hay procesos e ideas semejantes por todos lados. Horizontalidad, mandar obedeciendo, no a los liderazgos, no al Estado, no a los partidos, caminamos no corremos porque vamos muy lejos, preguntando caminamos, asambleas, dignidad – son palabras o frases que han adquirido una resonancia en el mundo entero.

Tal vez la idea central es que Nosotras/ Nosotros tenemos que asumir nuestra responsabilidad por el mundo, es una responsabilidad que no podemos delegar, ni a



líderes, ni a partidos. Nosotras/ nosotros tenemos que reapropiar el mundo, hacerlo nuestro. Si no, nos lo van a destruir, ya lo están destruyendo, a nuestro mundo – y no tenemos otro.

Nosotras/ nosotros no somos las masas, no somos víctimas. Somos sujetos, somos creadores, tenemos un poder creativo, un poder-hacer, una dignidad. Pero nuestra subjetividad es una subjetividad-contra, nuestra creatividad una creatividad-contra. En esta sociedad, esta creatividad está enjaulada, enjaulada dentro del dinero. Para ejercerse, nuestra creatividad se tiene que subordinar al dominio del dinero, a la lógica del capital, a la lógica de la ganancia. Nuestra creatividad existe como fuerza de producción capitalista.

Nosotras/nosotros vivimos en una jaula, una jaula de formas sociales capitalistas que no controlamos, la jaula del capital. Asumir nuestra responsabilidad por el mundo significa declarar que somos más que eso, que existimos no solamente en, sino también contra-y-más-allá de estas formas. Nuestra creatividad existe no solamente en el capital sino contra y más allá de él. Nosotras/nosotros caminamos negando, caminamos abriendo categorías y viendo que cada categoría oculta un antagonismo, un movimiento contra-y-más allá de si misma. Nuestra creatividad, por ejemplo, no existe solamente como fuerza de producción capitalista, existe al mismo tiempo como fuerza de producción nuestra, como capacidad de crear otras cosas, otras realidades, capacidad que empuja contra la lógica del dinero, capacidad que anhela emplearse de otra manera y que también logra hacerlo, creando tecnologías alternativas, jardines, bordando, pintando, cocinando, publicando libros.

El mundo está lleno de experimentos, de experiencias de otra forma de convivencia, de grietas en la dominación tejida por el dinero, es decir, el capital. La esperanza se encuentra en estas grietas: la única forma que tengo de concebir una



revolución es en términos del reconocimiento de las grietas que ya existen, la creación de nuevas, su expansión, multiplicación y confluencia.

Una revolución que empieza aquí y ahora, pero que requiere paciencia, un proceso que camina, no corre, porque va muy lejos.

IV

Pero a veces pienso que necesitamos más. Vamos multiplicando grietas pero tal vez hay que buscar las fallas o una falla central en la dominación que estamos tratando de agrietar. El capitalismo se erige contra nosotros como algo incambiable, inmutable. Tenemos que pensar en contra de esta apariencia.

Para Bloch, la esperanza subjetiva tenía que encontrar una esperanzabilidad en el objeto, algo en el objeto que responda al anhelo del sujeto, una fragilidad. Una crisis. Pensar crisis.

Aquí tenemos el dilema. La esperanza para otro mundo encuentra la fragilidad del mundo actual en la crisis, pero la relación no hace clic. Todo lo contrario: parece que la crisis se experimenta no como esperanza sino como depresión. Hablamos de la gran crisis del capitalismo en los años 30 como la Gran Depresión. O vemos la situación actual en Grecia o España, especialmente en Grecia, donde una crisis catastrófica del capitalismo coexiste con la izquierda más militante de Europa, izquierda tradicional del partido comunista y también izquierda anarquista-autonomista, donde ha habido manifestación enorme tras manifestación enorme, ocupaciones de las plazas centrales de todas las ciudades, donde se incendiaron más de veinte edificios en el centro de Atenas, pero el gobierno no cede, el capital no cede, se sigue con las medidas de una política de austeridad atroz, y ahora estamos viendo el auge rápido del partido fascista. La esperanza para otro mundo, tan fuerte en los



movimientos griegos, encuentra la fragilidad aguda del sistema en la crisis, y no, o todavía no, no es el final feliz que esperamos, sino todo el contrario.

En la crisis deberíamos estar cantando con alegría “hemos logrado debilitar a nuestro amigo, ahora tenemos que seguir mostrando nuestra fuerza y va a desaparecer”. Pero no, no funciona así. ¿Qué podemos hacer?

No, no tengo las respuestas. Pero sí, me parece que un elemento tiene que ver con el doble carácter de todas las categorías, que ya mencioné. Cuando abrimos la categoría de trabajo, por ejemplo, descubrimos un antagonismo entre el trabajo capitalista (el trabajo enajenado o abstracto que produce el valor) y la actividad o el hacer nuestro que existe en tensión con el trabajo abstracto, que existe en, contra y más allá del trabajo abstracto. Vimos lo mismo con las fuerzas de producción: el concepto oculta un antagonismo entre las fuerzas productivas al servicio del capital y nuestra creatividad que existe no solamente en, sino también contra y más allá de su existencia capitalista.

Lo mismo con la crisis. La crisis se nos presenta como algo externo a nosotros, algo que tenemos que padecer, pero dentro de la categoría crisis, tiene que ser posible encontrarnos a nosotros, a nuestro movimiento antagónico, tiene que ser posible descubrir la crisis como nuestra.

Marx nos ayuda y no nos ayuda en esto. En su explicación de la crisis en términos de la tendencia hacia la caída de la tasa de ganancia, presenta la crisis como expresión paradójica y perversa del aumento en las capacidades productivas de las personas. Con el desarrollo de la maquinaria, es cada vez más la porción relativa del capital que se invierte en máquinas, cada vez menos la porción que se invierte en trabajo vivo. Si se asume que la tasa de explotación de este trabajo se queda constante, entonces el resultado va a ser una caída de la tasa de ganancia. Hay un



conflicto, por lo tanto, entre el desarrollo de las fuerzas productivas de los humanos y el sistema actual de relaciones sociales. Esto es lo que se expresa en la crisis y evidencia el carácter transitorio del capital. Abre perspectivas de esperanza.

Digo que esta explicación nos ayuda y no nos ayuda. El problema es que, por lo menos en las interpretaciones tradicionales, la crisis se ve como algo externo a nosotros, como expresión de las contradicciones del capital. Me parece que la externalidad de la crisis nos rompe la confianza justo en el momento en cuando deberíamos estar gritando de alegría.

V

Lo que quiero es una explicación interna de la crisis. Quiero que nosotros, lo negado, seamos la crisis de lo que nos niega.

El punto de partida tiene que ser la dependencia del capital respecto a nosotros. Para poder pensar la esperanza, para vincular esperanza y crisis, tenemos que ver que el dominador siempre depende del dominado, el amo depende del esclavo. Es un tema en el libro de La Boétie en el siglo XVI, *Discurso sobre la Servidumbre Voluntaria*, también un tema importante en la literatura de los años previos a la revolución francesa y en la *Fenomenología* de Hegel. Marx desarrolla este tema en *El Capital*. La teoría del valor es una teoría de la dependencia del capital respecto al trabajo. El capital depende no solamente del trabajo, sino más específicamente del trabajo que produce valor. Es decir que hay una doble dependencia: depende de su capacidad de convertir nuestro hacer en trabajo abstracto, y de su capacidad de prolongar este trabajo lo necesario para producir una plusvalía que el capital pueda apropiarse como ganancia. Esto no moldea solamente el proceso de trabajo en el sentido estrecho sino



implica una subordinación de todos los aspectos de la vida, una subordinación de la vida a la supervivencia.

En el capitalismo el amo depende no solamente de la subordinación sino de una subordinación cada vez más intensa del trabajo al capital, es decir, del hacer al trabajo, de la creatividad humana a la lógica de la ganancia, de la vida a la supervivencia. Esta dinámica se anuncia ya en la discusión de Marx del valor, cuando dice que la cantidad del valor de una mercancía está determinada por el tiempo socialmente necesario para producirla. Es decir que la producción de valor es un proceso dinámico que se acelera todo el tiempo y que, para realizar su aceleración, requiere una subordinación cada vez más intensiva y extensiva del trabajo al capital, es decir de la actividad humana a la disciplina del trabajo abstracto y de la creatividad humana al desarrollo de las fuerzas productivas del capital. En otras palabras, el impulso del capital es la insuficiencia de su propio dominio sobre la vida, sobre nosotros.

Esta insuficiencia del dominio capitalista es su impulso constante, enfermedad crónica de su existencia. Se manifiesta de manera aguda en las crisis periódicas del capital. El capital huye de su dependencia respecto al trabajo a través de la introducción de la maquinaria pero descubre que para cubrir los costos de la inversión en capital constante (las máquinas) tiene que aumentar la tasa de explotación de los trabajadores (lo que Marx analiza en términos de la caída tendencial de la tasa de ganancia). La huida del capital de su propia dependencia termina enfrentándolo con la misma dependencia. En la caída de la tasa de ganancia que resulta, el capital encuentra su límite, lo que anuncia su carácter transitorio como forma de organización social. El desarrollo del capital se rompe contra la fuerza de nuestra resistencia. Esta resistencia es en primer lugar simplemente nuestra humanidad, nuestra renuencia a convertirnos en robots, pero esta humanidad (o anhelo de la humanidad) se desborda también en resistencia abierta, huelgas, manifestaciones, salidas de varios tipos.



Nosotros somos el límite del capital, lo que se manifiesta en sus crisis: nosotras y nosotros, nuestra esperanza, nuestros anhelos, nuestra negación, nuestro desbordamiento, nuestra resistencia y nuestra rebeldía, nuestra idea terca de que existe algo más allá del trabajo a servicio del capital. La crisis no es externa a nosotros: la crisis del capital somos nosotros. Nosotros somos la crisis del capital y orgullosos de ello.

VI

Pensar desde nosotras/nosotros en un mundo basado en la negación de nosotras/os significa abrir todas las categorías que expresan esta negación para descubrir la presencia de nosotras/os en contra y más allá de la categoría. Hemos tratado aquí de abrir la categoría de la crisis para descubrir que dentro de la crisis, que normalmente se presenta como algo externo a nosotros, estamos nosotros como fuerza central. Hemos descubierto la crisis como nuestra negación del dominio del capital, como nuestra ruptura del capital. Esto no quiere decir que la crisis como algo externo (como reestructuración inevitable del capital) deje de existir. Se hace evidente más bien que el movimiento de la crisis misma es una lucha entre crisis-como-nuestra-ruptura y crisis-como-reestructuración-ajena. En esto estamos, de esta lucha depende el futuro del mundo.